

## FUERZA Y VIOLENCIA

POR

ANDRÉ ROCHE.

El próximo Congreso de Lausanne tendrá lugar, Dios mediante, los días 29 y 30 de abril y 1.º de mayo de 1972. Ni es prematuro, ni carece de interés hablar de él.

Su tema ya ha sido anunciado: "Fuerza y Violencia".

Pocos hay de mayor actualidad.

La dificultad radicaré, sobre todo, en la obligación de delimitarlo. Delimitación indispensable para evitar la dispersión, porque el tema es inmenso.

Aunque sin prohibir, claro está, a los diversos comunicantes evocar los principios universales capaces de iluminar un tema difícil, interesará que las exposiciones estén centradas en aquellos aspectos de la fuerza y de la violencia que interesen más directamente al orden, cuando no a la seguridad, del cuerpo social.

No es que ciertos contextos sobre la fuerza y la violencia carezcan, en sí mismos, de interés para nosotros. Solamente es que creemos que es necesario, hoy en día, no quedarse de ninguna manera colgados del techo de los solos principios, por lo mucho que el interés de nuestras ciudades exige precisiones, estigmatizaciones y resoluciones prácticas.

Sin desconocer el valor de lo que Santo Tomás escribió en la *Summa* referente a la "fuerza", no es de esa "fuerza" —que es sobre todo firmeza del alma—, de la que queremos hablar en Lausana. Deseamos ver abordar allí los problemas de lo que refuerza el orden interior así como la seguridad exterior de nuestras sociedades.

Una fuerza que no es necesariamente violencia. Una distinción se impone, efectivamente, entre esas dos nociones. Distin-

ción que, sin ninguna duda, será una de las principales dificultades de los trabajos del Congreso.

Lo importante es comprender que la violencia puede no ser una señal de fuerza. La fuerza, la verdadera fuerza, puede ser ... incluso es, esencialmente benigna y suave. Auténtico poder del orden verdadero. Auténtico poder de la armonía natural de los seres y de las cosas. Lo propio del *fort en maths*, por ejemplo, es resolver los problemas más arduos sin crispación, con sonrisa y como divirtiéndose.

La fuerza es uno de los efectos de la plenitud de lo que está en orden.

¿Está amenazada esa plenitud? ¿Está perturbada? Entonces es cuando aparece la violencia.

Tanto si el ser perturbado tiene por sí mismo que "hacerse violencia" si su desorden es interior, tanto como si el ser amenazado tiene que hacerse violento contra lo que le ataca desde el exterior.

El rasgo característico de la verdadera fuerza, por el contrario, es que normalmente se manifiesta por la sola virtud del respeto, del servicio, y aun, si se nos permite la expresión, del mero funcionamiento del orden idóneo.

De ahí la incomparable acción bienhechora de esa fuerza que emana sencillamente de la armonía del orden verdadero, de la armonía de un ser convenientemente jerarquizado.

Desgraciadamente, es inútil insistir para que se admita que en nuestra vida interior y en el cuidado de los asuntos públicos, esa fuerza pura y serena, esa fuerza no brutal del orden verdadero fracasa a menudo y entonces hay que recurrir a la violencia. El propio Evangelio, ¿acaso no nos muestra al Señor, ese "Príncipe de la Paz", constreñido a recurrir a ella? ¿Acaso El no ha enseñado que únicamente los violentos pueden entrar en el Reino?

Violencia, pues, contra uno mismo. Pero violencia también para detener y vencer a los elementos que, desde el exterior, se manifiestan como perturbadores, destructores y enemigos del orden.

La violencia nace del desorden, bien porque tenga que reaccionar contra ese desorden, bien porque le pertenece.

Así vemos que si la fuerza, la verdadera fuerza es UNA, como la verdad, como el orden del cual es una virtud, hay, por el contrario, violencia y violencia. Una violencia bienhechora, justa, reconstructora cuando se atañe a la defensa y a la restauración del orden verdadero; y una violencia injusta, malhechora, cuando se dedica a destruir el orden humano y divino.

\* \* \*

La distinción es fundamental.

Pero presupone la comprensión de las nociones, tan mal conocidas, de orden y de desorden, de verdad y error, de bien y de mal, de bello y de feo.

Es una distinción fundamental porque solamente ella permite apartar las ambigüedades odiosas que se mueven como hormigas en la mayoría de los debates actuales sobre fuerza y violencia.

Con demasiada frecuencia la violencia es considerada únicamente en relación con sus aspectos brutales. Cuando la realidad es que hay formas de violencia suave, no menos odiosa porque sea menos destructora. Por el contrario, una violencia ruidosa y golpeante puede ser salvadora y sabia si está verdadera y prudentialmente ordenada a la salvaguarda de los verdaderos bienes.

Entonces se comprende que el problema está mal planteado por aquellos que, en el capítulo de la guerra, por ejemplo, juntan demasiado fácilmente "guerra defensiva" y "guerra justa" para tolerarla..., "guerra ofensiva" y "guerra injusta" para condenarla.

¡Distinción demasiado superficial! Porque una guerra defensiva puede ser notoriamente injusta —por ejemplo, cuando un tirano no toma las armas más que solamente para mantener y prolongar sus exacciones—, mientras que una guerra ofensiva es más que justa, magnánima, si se propone castigar la iniquidad o reivindicar derechos sagrados.

Por otra parte, no es muy difícil comprender hasta qué punto esas nociones de "guerra defensiva" y de "guerra ofensiva" co-

rren el riesgo de ser engañosas por estar trucadas. Dejar sistemáticamente a los malos la iniciativa del ataque, con pretexto de probar mejor la culpabilidad de su ofensiva, es condenar a los buenos a encontrarse siempre a merced de un adversario que tendrá toda clase de comodidades para escoger, como quiera, el terreno y la hora más favorables para el éxito de sus operaciones criminales. Otra operación determinada, llamada "ofensiva" puede, en realidad, no ser más que una defensa contra un adversario cuyas intenciones y preparativos bélicos son conocidos.

Incluso se ha llegado a decir, sin demasiada inverosimilitud, que "la guerra tiene más bien una razón de ser para el defensor que para el conquistador. Porque la guerra no comienza antes de que la invasión haya suscitado la defensa. Un conquistador es siempre amigo de la paz. Bien quisiera hacer su entrada en otro estado sin encontrar oposición. El único medio de impedirselo es, muy a menudo, la guerra".

\* \* \*

La distinción entre lo justo y lo injusto, el bien y el mal, lo verdadero y lo falso, es una distinción absolutamente fundamental.

Sin ella, los peores equívocos son inevitables con los peores excesos.

Porque, "ciertamente siempre —observaba ya San Agustín—, los malos han perseguido a los buenos, y los buenos han perseguido a los malos: éstos para servir a sus pasiones, y aquéllos a la caridad. El que asesina no tiene en cuenta lo que desgarrá, el que cuida considera lo que corta. Uno anhela la salud, y otro la corrupción. Los impíos han matado a los profetas, los profetas también han matado a los impíos. Los judíos han azotado a Cristo, y Cristo también ha azotado a los judíos. Los Apóstoles han sido entregados por ciertos hombres al poder de los malos; pero los Apóstoles también han abandonado a ciertos hombres al poder de Satanás".

"En todo esto, pues, ¿qué hay que considerar —se pregunta San Agustín—, sino quién actúa por la verdad y quién por la iniquidad, quién con vistas a perjudicar, quién para corregir?"

¡Texto admirable! Hace resaltar la dolorosa puerilidad, cuando no la hipócrita perversidad, de quienes hoy en día pretenden condenar "todas las violencias, cualquiera que sea su origen". Excelente método para dejar el campo libre únicamente a las violencias de los malos, los cuales se enredan poco con semejantes máximas. Excelente método para que, a los ojos de quien toma esta clase de condenación en serio, la violencia de los subversivos sea prácticamente aceptada, y quedan únicamente reprobadas las violencias para la defensa del orden. ¡Lo cual ya es el colmo! San Agustín, al revés que nuestros prelados o de nuestros clérigos reputados como progresistas, sabía librarse a sí mismo de una moral con máximas tan subversivas.

Francamente, creemos que no se hará nada mientras no se admita que hoy en día nos estrellamos menos contra el problema de la violencia que con el problema del desorden. Porque si el cúmulo de violencias no cesa de crecer en el mundo, no es porque este mundo tuviera una especie de complacencia natural por la violencia; es porque el desorden está en él en progresión constante. Desorden que engendra la violencia bajo un doble aspecto: violencia para la inmediata salvaguarda por parte de los que tratan de preservar lo que debe ser preservado; y violencia de los que, por el contrario, sueñan con subvertirlo todo.

Dicho de otra manera: cuanto más aumenta el desorden, más la violencia —bajo sus dos formas contradictorias—, no puede, a su vez, dejar de aumentar. Porque la violencia, bajo sus dos formas contradictorias, es el signo de la misma contradicción de todo desorden. El orden verdadero es, a su vez, armonía, unidad y fuerza.

Hay, pues, que combatir menos la violencia —lo cual tiene el riesgo de engendrar una violencia más—, que el desorden.

Y para combatir eficazmente el desorden hay que saber, ante todo, si existe un orden verdadero. Y si existe un orden verdadero, hay que tener además el valor de creer en él hasta el punto de decirlo, de proclamar su autenticidad y recordar sus exigencias. Son perspectivas cuya simple enumeración pone al descubierto cuánto hay de liberalismo en nosotros mismos. ¿Acaso la

verdad no es presentada, hasta en nuestros santuarios, como una "búsqueda" escrupulosamente celosa de no descubrir nada y, más aún, de no afirmar nada?

Para luchar contra la violencia hay, pues, que luchar por el orden verdadero, el cual es el único que puede reintegrar a la virtud de esta fuerza benigna y suave de la cual hemos hablado al principio de este artículo. Fuerza bastante armoniosamente fuerte para ser sin violencia.

Restablecimiento del orden que supone, claro está, que se conozcan y respeten sus exigencias, leyes, procesos de restauración y armonías.

La fuerza, esa fuerza del orden que es un beneficio incomparable, es el fruto de todo eso.

En una sociedad así ordenada, el recurso a la violencia no puede ser sino raro, prácticamente excepcional; tanto si se trata de la violencia revuelta como de la violencia mantenedora del orden. Y esto, en nombre de lo que ha descrito muy bien Jean Cau, en el magnífico editorial que *Permanences* publicó con la debida autorización (1).

"Aun antaño, la sociedad tenía sus "policías" —me atrevo a decirlo si se me permite hacerlo en el sentido etimológico—, espontáneos. Eran, por ejemplo, el padre, el jefe con méritos reconocidos y adquiridos y, finalmente, el sacerdote. El orden no estaba tanto impuesto como consentido y vivido y extraía su última legitimidad de una trascendencia. El delincuente no era únicamente un fuera de la ley, sino también un fuera de la moral ... Moral que se practicaba espontáneamente de lo alto a lo bajo de la escala social, sin desgarrarse en preguntas.

---

(1) Cfr., *Permanences*, núm. 80: "El fondo del problema".

(2) Dicho de otra manera: el orden no era fruto de una presión violenta; encontraba su equilibrio en la disposición interna de lo que le aseguraba el beneficio, el padre, el jefe de méritos adquiridos, el sacerdote, etc. Tal es la fuerza del orden verdadero. Orden en el que la parte de violencia se reduce al mínimo. Orden que se mantenía por su propia virtud y en el que el recurso al aparato coercitivo de la policía era ínfimo en comparación del que conocen nuestras sociedades actuales. (Nota de A. Roche.)

Hoy en día, las cosas son de muy distinta manera, o como se dice, "nada es sagrado". Decapitada de toda trascendencia, la moral se ve condenada a no ser más, en la esfera de las sociedades, que la práctica del orden. Como éste está, por otra parte, contestado por todas partes y asaltado por todos lados, es evidente que el criminal se disfraza de primer contestario y por poco, de víctima y de héroe.

Como las ciencias humanas y la política no dejan de mezclarse en ello, el policía, de contragolpe, aparece como mantenedor ciego de ese orden contestado, como reaccionario y verdugo...

Ciertamente, toda sociedad tiene la policía que se merece, porque ésta no es más que emanación del cuerpo social y de sus dudas y afirmaciones. Cuanto más laica se hace una moral, más queda destinado el sacerdote a ser reemplazado por el policía y las dictaduras, cualesquiera que sean; son la negra ilustración de esta evidencia.

Es como decir que cuanto más una sociedad pierde el sentido de la verdad, tanto más pierde el sentido del orden, y más pierde en fuerza benigna y suave y se transforma en sociedad violenta, tanto si esta violencia proviene de elementos subversivos como si proviene de elementos decididos a salvar la sociedad del caos que la invade.

\* \* \*

Deseamos ver tratar el tema "Fuerza y Violencia" el año próximo en Lausana a la luz de estos pocos y someros recuerdos.

Aquí sólo han sido evocados los principios. Son posibles mil desarrollos. Con todo, nos parece que la atención de los comunicantes podría o debería dirigirse hacia problemas como los de la guerra o la agitación revolucionaria, la objeción de conciencia, los métodos de no violencia sistemática, el ejército (y, por tanto, la guerra), la policía, las manifestaciones, las huelgas, el respeto a la vida, y tantas otras formas de acción política y social.

De aquí en adelante no nos parece inútil preparar a nuestros amigos al estudio de esos temas.